Aquiles Julián

Historias menores

Premio X Concurso Literario

Universidad Central del Este, UCE



50

BIBLIOTECA
DIGITAL DE
AQUILES JULIÁN



Historias menores cuentos

Aquiles Julián, Rep. Dominicana



Edición Digital Gratuita distribuida por Internet

Editor:

Aquiles Julián, República Dominicana.

Email: aquiles.julian.libros@gmail.com

Coeditores:

MEXICO
Fernando Ruiz Granados
José Solórzano
José Eugenio Sánchez
ARGENTINA
Mario Alberto Manuel Vásquez
Francisco A. Chiroleu
Patricia del Carmen Oroño
Fernando Sorrentino
Ángel Balzarino
Claudia Martín Trazar
ESTADOS UNIDOS
José Acosta
Aníbal Rosario
José Alejandro Peña
César Sánchez Beras
ESPAÑA
Henriette Wiese
Giulia De Sarlo
María Caballero
Elena Guichot
Teresa Sánchez Carmona
Losu Moracho
Rocío Parada
EL SALVADOR
Manuel Sigarán

HONDURAS
Dardo Justino Rodríguez
VENEZUELA
Milagros Hernández Chiliberti
Tony Rivera Chávez
REPÚBLICA DOMINICANA
Ernesto Franco Gómez
Eduardo Gautreau de Windt
Félix Villalona
Ángela Yanet Ferreira
Cándida Figuereo
Enrique Eusebio
Julio Enrique Ledenborg
Vaugn González
Efraím Castillo
Oscar Holguín-Veras Tabar
Edgar Omar Ramírez
Carmen Rosa Estrada
Roberto Adames
Valentín Amaro
Alexis Méndez
Juan Freddy Armando
Sélvido Candelaria

NICARAGUA
Radhamés Reyes-Vásquez
CHILE
Claudio Vidal
Eliana Segura Vega
Astrid Fugellie Gezan
URUGUAY
Marta de Arévalo
APLA Uruguay
PERU
Luis Daniel Gutiérrez
Nicolás Hidrogo Navarro
Juan C. Paredes Azañero
COLOMBIA
Ernesto Franco Gómez
Julio Cuervo Escobar
SUIZA
Ulises Varsovia
HOLANDA
Pablo Garrido Bravo
PUERTO RICO
Mairym Cruz-Bernal
ECUADOR
Anace Blum
COSTA RICA
Ramón Mena Moya

Primera edición: **Noviembre 2010**

Santo Domingo, República Dominicana



Índice





biblioteca.digital.aj@gmail.com

Alguien tiene que soñar previo a que otro pueda pensar realizar.



Por Aquiles Julián

"La libertad de la fantasía no es ninguna huida a la irrealidad, es creación y osadía"
Eugene Ionesco

La noticia la leí hace poco. Un científico de la Universidad de Arizona, Estados Unidos, y su Colegio de Ciencias Ópticas, Nasser Peyghambarian, dirigió un equipo de 17 científicos y de la *Nitto Denko Corporation* los que, según la revista *Nature*, desarrollaron una tecnología holográfica que permite contemplar a una persona que se encuentra en otro país como si estuviera delante.

¿Y de dónde sacó el doctor Peyghambarian y su equipo la idea? *"Siempre pensé en el holograma de la princesa Laia de la película la "Guerra de las Galaxias" y en si podía extrapolarse de la ciencia ficción a la realidad",* indicó el científico.

Es un importantísimo paso de avance en la tecnología de la telepresencia holográfica, que tendrá un poderosísimo impacto en la ciencia, la educación y el entretenimiento. Esta tecnología revolucionará nuestras vidas en niveles que ahora apenas podemos vislumbrar. Y antes que la ciencia la aterrice, necesitó y debió ser soñada, pensada, imaginada.

Desde la ficción, desde la imaginación, se sembró en las mentes, desafió la inventiva y permitió que cerebros con sentido práctico buscaran maneras de que aquello fuese posible.

Así opera el arte, la imaginación. Abre puertas. Instala nuevas opciones. Destraba caminos. Instaura posibilidades.

Luego vienen los tecnólogos, los pragmáticos, los que aterrizan esas ideas y las vuelven útiles artilugios. Y ambos son necesarios. Pero primero, ante todo, se requiere la visión, la idea.

Podemos sentir que las obras literarias, la poesía, el teatro, la imaginación son superfluas e inútiles. ¿Y hacia dónde nos movemos, si no hay antes destino y ruta? La imaginación extiende nuestras posibilidades. Nos amplía, completa y proyecta. Abre espacios inéditos. Despierta posibilidades.

Las minificciones que constituyen este volumen son desafíos a nuestra imaginación e inteligencia. Disfrútenlas. Y valoremos el esfuerzo de los soñadores tanto como el de los ejecutores y aplicadores. A todos los necesitamos. De todos nos beneficiamos. Todos son importantes y necesarios.



A **Cristina Gutiérrez**

Como Scherezade,

salvo mi vida

al inventar historias.

El ángel

"No existen los ángeles", te dices a ti mismo. El tipo enfrente de ti, sin dejar de mirarte, empieza a desplegar sus alas. "Son seres mitológicos", insistes en repetirte. El otro, sin adivinar ni interesarse en lo que te gritas por dentro, bate aquellas dos alas prolijas que se desperezan. Las sacude y el ventarrón que provoca levanta polvo, papeles, desperdicios… "Sólo quienes padecen alucinaciones dicen ver ángeles". El tipo agita las alas con fuerza y empieza a ascender, se eleva repentinamente. "Hay que estar muy mal del juicio para decir que se vio a un ángel". Mientras, el tipo, ya desprendido de la tierra, comienza a volar y se aleja cada vez más de ti.

La queja

Cuando me encontraron, me internaron contra mi voluntad y, a la fuerza, me sometieron a cirugía. Luego, los médicos aparecieron en la prensa presumiendo de que, por primera vez en el país, se había devuelto la normalidad a una niña de pies invertidos, recolocándoselos hacia delante, de forma natural. ¡Y esa no es ni era la forma normal de mis pies! Ahora me someten a lo que ellos llaman rehabilitación, y a terapia psicológica, supuestamente para que acepte mi nueva condición. ¡Y ahora lo que soy es un monstruo; ahora es que soy anormal! ¿Es que no se dan cuenta? ¿Es que no quieren aceptar que nosotras, las ciguapas, tenemos nuestros pies hacia atrás?

La tentación

Aunque la historia, escrita por hombres, la condena, fue Adán y únicamente Adán el real responsable de La Caída. Solía pasar con Eva frente al árbol y sugerir intempestivamente lo jugosas que se veían las manzanas. Luego añadía que, claro, estaba prohibido comerlas, despertándole el gusanito de transgredir la Ley. Y entonces volvía a mirar el árbol y suspiraba, como quien hace un insoportable sacrificio. Momentos después, lejos de allí, conversando sobre cualquier otro tema (no había muchos, es cierto), ponía cara de evocación, suspiraba y decía "¡Qué sabrosas se ve que son!". Más tarde, cuando plácidamente yacían descansando, él se volvía hacia Eva y le preguntaba: "¿Y de verdad pasará algo si uno les da aunque sea un mordisquito?". Imagínense eso día tras día, durante semanas, meses, años, siglos... Posteriormente, sabemos, le echó la culpa a Eva del desliz y ha seguido desde ese instante culpándola de todo. ¡Si lo sabré yo que fue así! ¿No soy, acaso, la misma serpiente a la que él convenció para que la tentara?

Morir por una rata

La pitonisa lo pronosticó: la muerte le sobrevendría por una rata. Eso entendió. De inmediato escogió una lejana isla, un peñasco aislado del mundo, en qué ubicarse. Se aseguró que no hubiese manera de llegar una rata. La fumigó. La llenó de trampas, ratoneras... Se dedicó a criar gatos y a pulirles sus destrezas de caza. Mensualmente venían fumigadores expertos a renovar todo tipo de trampas y venenos. La comida era escrupulosamente higienizada, para evitar cualquier riesgo de contraer leptopirosis u otra enfermedad transmitida por ratas. Cuando una sublevación militar provocó una guerra civil en el país, él, desprevenido, se indignó al ver la barcaza de soldados atracar en la isla. Descendió hacia el muelle lleno de cólera, preocupado por el descuido posible, e increspaba a los recién llegados. Fue a buscar algo en su bolsillo y un sargento le malinterpretó. Sólo alcanzó a escuchar la ametralladora cuando sonaba: ra-ta-ta-ta-ta....

El puente

Para ocupar el ocio de su pueblo, aquel gobernante le comprometió a construir un puente. Enalteció el papel de los puentes, su misión de conectar y enlazar riberas, pueblos, sociedades; y llamó a todo el mundo a ocuparse laboriosamente en contribuir. Emocionados por las palabras de su líder, se crearon comités pro-puentes y pusieron manos a la obra. Se hizo un telemaratón. Sorteos diversos. Se comprometieron ahorros. Se aportaron horas voluntarias. Se obtuvo ayuda internacional. Y se inició esta obra que lleva siglos realizándose. No conduce a ningún lado. No sabemos que posea alguna utilidad. ¡Pero es supremo el entusiasmo, la dedicación: cómo se aplica todo el mundo, generación tras generación, a construirlo! ¡Cómo han hecho de esta empresa un proyecto nacional!

Ciclo del sueño

Soñó que era soñado por otro que a su vez era un sueño de alguien que por último era soñado en ese mismo instante por él.

El mito

Para poder crear un mito que trascienda siglos y espacios, era preciso no sólo hilvanar estos versos de dioses y humanos enfrascados en épicas batallas; la cólera del rey que arma una escuadra tras la mujer robada; el sitio encarnizado y la treta, el retorno preñado de azares del patricio... Era preciso algo más, un gesto, un acto que diera a las piezas una dimensión dramática: de ahí que, atrapado entre los cuatro musculosos guerreros que le inmovilizaron, el sacerdote procedió a arrancarle a Homero sus ojos para poder crear la leyenda del poeta ciego capaz de pergeñar versos tan vívidos, como si hubiese visto lo que narra.

Tiroteo

Escuchas, a deshoras de la noche, el tiroteo. Se escucha próximo, como todo en la noche. Un retumbar de disparos, un correteo, una persecución, unos gritos que acosan y otros despavoridos. Te arrebujas, intentas conciliar el sueño tan bruscamente interrumpido. Suena una ráfaga, brusca. Algunos ayes apagados. “*Parece que le dieron…”,* pensaste. Habituado a esas persecuciones: *CSI New York*, *CSI Miami*, *Criminal Minds*, todas las series policiales, casi puedes dibujar en tu mente el cuadro. El criminal por fin atrapado, que yace desangrándose entre unas fundas de basura; el arma lejos, demasiado lejos de él, mientras ve acercarse a los agentes del orden que le apuntan, justicieros. Escuchas la sirena y el auto que se detiene y luego se aleja y se pierde y se pierde en el sueño que te atrapa y te anestesia y por el que te escurres ignorando que no es el sueño, es la muerte la que te va ganando, que no fue otro, sino tú, la víctima.

Bonyé

Cuando murió le vistieron con sus mejores galas de bailador de son. El pantalón blanco, de gabardina. La camisa, floreada. El chaleco de dos colores. Los breteles. La infaltable gorra y los zapatos de dos tonos, con las puntas desgastadas de tanto arrastrarlas, golpearlas, menearlas sobre las losas de *El Monumento del Son* y *La Vieja Habana*. El día de su entierro, *Bartolito y los Bravos del Son* acompañaron el mortuorio. El ron corrió en chorros calientes. Los cuentos de sus hazañas se repitieron e inflaron hasta un grado en que él mismo se hubiese sorprendido. Todo el mundo se sintió con derecho de aportar su propia historia, cada vez más deslumbrante. Al ritmo de *Buey Viejo* y *De Dónde Son los Cantantes*, de *La Matanza* y *Alto Songo*, le condujeron en una caravana en que los motores iban repletos de tres y cuatro personas; las guaguas a reventar. Un camión llevaba en la cama a *Bartolito y sus Bravos* tocando todo el camino, amplificados por la peinadora del diputado de la circunscripción. Así, con toda esa alegría, más juerga que mortuorio, fue enterrado. ¿Será talvez por eso que cada noche, a eso de las doce, proviniendo de su tumba, se escucha el zapateo rítmico de un son bailado a gusto?

Performance

Para hacer inolvidable su último número, se incineró frente a su público. Todos corrieron a recoger un poco de sus cenizas, como recuerdo.

El pulgar

Es conocido que el pulgar es un dedo asocial. Le gusta andar aparte. Apenas hace un poco de liga con el índice, pero prefiere mantenerse bien lejos del meñique, al que desprecia por delgado. Presume de su importancia y tiene ínfulas de provenir de un linaje distinto al resto de nosotros. Claro, no todo es malo en él. En ocasiones, logramos que actúe en equipo y podamos, juntos, hacer cosas. Mas su actitud siempre es de mala res, oveja negra. Ni el mayor ni el anular gustan su compañía. ¿De dónde le surgen sus pretensiones? Seguro, pienso, es sobrecompensación. Después de todo, hasta el frágil meñique posee una falange más que él, que apenas posee dos. ¿Fue acaso mutilado? Se yergue, orgulloso, como indicando que ésa es precisamente la demostración de su singularidad, de su mérito. ¿Quién le refuerza esa percepción? Por alguna razón, sin embargo, no puede separarse de nosotros. Apenas logra mantenerse a cierta distancia, ni muy cerca ni muy lejos. Es una convivencia obligada, que supongo ni a él ni a nosotros nos agrada, pero no podemos evitarla. Habría que proceder a una mutilación que, por otro lado, nos inhabilitaría a todos. Así que, pese a su arrogancia y sobreestimación, tenemos que aceptar su compañía; pero, lo reconozco, es bien incómoda su propensión a andar por su cuenta, de suponerse diferente a nosotros.

Monólogo de la bala

¿Por qué tengo que degradarme hiriendo carne? ¿Es que no hay otro material más digno de mí? Cierto que me arrojan sobre hojalata, madera y otros materiales, pero es buscando la carne que se parapeta tras ellos. Es tan precaria la vida. Es tan inerme; sucumbe tan fácilmente a un garrote, una piedra, un simple tubo de metal, que no me siento dignificada en destruirla. Creo que nací para más altas encomiendas. ¿No podrían usarme matando algo más noble, a otra bala, por ejemplo?

El sicario

¿Qué le importa a este hombre, vencido, roto, pegado a la pared, la razón que tengo para quebrarle? No me conoce. No sabe quién soy. Tampoco, por qué hago lo que hago. Simplemente grita porque le duele. Llora porque sabe lo que le sobreviene. Seguro que busca ahora mismo dentro de sí qué ofensa hizo, a quién lastimó, quién le tuvo el suficiente odio para pagarme a mí por quebrantarle. Yo mismo, en ocasiones, me pregunto por qué sigo en esto. Bueno, lo sé: pagan bien. También sé que me agrada; ver a un hombre resistir me excita. Entonces, cobro ánimo y le reviento a gusto, le reduzco a nada. Como ahora, que me le acerco, impasible. No tengo ninguna prisa. Él me ve venir desde su postración. Mira mis ojos y se sabe perdido. Y yo le acerco el agujero en el que debe verse, por el cual debe entrar, desde el cual saldrá el tiro que cegará su vida antes de que llegue a alguna conclusión del por qué pasó todo.

Declaración del lobo

Desprestigiado por mis adversarios, demando el derecho a réplica. Fui yo el acechado, el hostigado, el seducido. Yo, que suelo salir a correr por el bosque por prescripción de mi endocrinólogo, pues sufro de diabetes. Claro, aquella vampiresa de rojo estudió mis rutinas. Se cruzó en mi camino. Se hizo la inocente para llamar mi atención. Me dijo: “¡Cómeme viva!” y me señaló, mientras la engullía, la casa de su abuela. No tuve más alternativa que cumplir un deseo póstumo. Sépase que la vieja me indigestó: sabía a polvo rancio, a carne fermentada y a fármacos para la artritis.

Credulidad

Tienes un corazón de oro, tienes un corazón de oro… Hay frases que en vez de halagar, condenan. ¿Quién se iba a imaginar que el idiota se creyera literalmente todo y le abriera el pecho al tratar de apropiarse de aquel oro, por pura codicia?

El último dragón

Salió a volar y notó que nadie le ponía asunto. Llameó y constató que simplemente le evitaban, sin mostrar temor alguno ni mayor interés. Eso le preocupó. Bajó y se les acercó (observó, sorprendido, que no le rehuyeron) y les preguntó qué les sucedía, por qué no huían de él aterrorizados ¿Acaso no sabían que él era un terrible y despiadado dragón? Ellos les respondieron que de dónde él sacaba esas ocurrencias, que los dragones no existían, que eso lo sabían todos, que las creencias en dragones eran simples frutos de mentes supersticiosas y primitivas y, le aconsejaron, era mejor que se dejara de pendejadas y se dedicara a alguna actividad útil y no a andar por ahí disfrazado, haciéndose pasar por dragón. Él se irritó. Pensó en calcinar a esos atrevidos. ¿Es que habían olvidado las aldeas reducidas a humeantes cenizas, sólo por él divertirse? ¿Los aldeanos consumidos por el fuego terrible de su aliento? Rugió y ellos simplemente se le apartaron, fastidiados. Acumuló ira y se dispuso a quemar hasta los cimientos el lugar, a incinerar a todo ser viviente en varios kilómetros a la redonda, pero comprobó su indiferencia y entendió, apenado, que sus muertes en nada le devolverían a él ese angustiante temor que a ellos los paralizaba y que a él le producía tanto placer provocar. Otras eran ahora las querencias y miedos de aquellos, no él. Un par de lágrimas de dragón, ardientes y corrosivas, se desprendieron de sus ojos. Y al aceptar su derrota, aleteó y se encumbró, cobró altura y se alejó de allí para siempre.

La mancha

Realmente, aunque vivimos tiempos de civilización, disfrutamos de inventos sorprendentes y nunca el imperio disfrutó de mayor esplendor, los fabricantes de jabón me han decepcionado. He buscado y probado toda clase de mixturas provenientes de Oriente y Occidente y ninguna, ¡ninguna!, ha podido eliminar esta mancha rojiza en mis manos, que suele ennegrecerse progresivamente y que, luego de tres días, termina por desaparecer, para retornar semanas después, el mes siguiente. He ido a toda clase de médicos y todos renuncian tras un tiempo. ¿Será una enfermedad? ¿Será una maldición derivada de haber permitido yo que crucificaran a aquel judío? ¿No bastó el hecho de que me lavé las manos para desvincularme de esa muerte?

Monólogo del pan

No es mi destino el que me disgusta: fui creado para él, lo acepto. Tampoco el que me unten con todo tipo de aderezo: que si mantequilla, que si mayonesa, que si ketchup, que si mostaza, que si aceite verde, que si mermelada... Y no reniego de mi vecindad con lechugas y tomates, con lonjas de queso y de jamón, con la inevitable hamburguesa hecha de menudencias... No. No me quejo del tiempo en que me tuestan, aunque en ocasiones se descuidan y me quemo de más. Lo que en verdad me irrita, es el aliento fétido de algunos que al morderme me provoca náuseas.

El ilusionista

Irritado por la indiferencia del público que presenciaba su acto en el teatro *La Fiesta* del hotel Jaragua, hizo pasar a una mujer que estaba cómodamente sentada en la primera fila. La escogió al azar. La colocó en medio del escenario y frente a todos, sin ningún artilugio, la hizo desvanecer. Pero ninguno de los presentes se sorprendió, no hubo un “¡Oh!” que celebrara su hazaña; continuaron como si no hubiese hecho nada. Así que sintió una rabia, una cólera fuera de lo común. Acto seguido, les borró a todos, les hizo desaparecer. Al contemplar, entonces, los asientos vacíos y tomar conciencia de la gravedad de su acción, completó el ciclo y se hizo desvanecer a él mismo. El teatro quedó en silencio, con todas sus luces encendidas.

La exploración

La sonda se internó en el vacío sideral. Sus cámaras, sus sensores, su telescopio, sus receptores de radio, todo su complejo instrumental, escrutaban planetas, asteroides, satélites, y remitían la información a la tierra, aplicando toda la inventiva y la tecnología que habíamos alcanzado a desarrollar, para encontrar seres como nosotros, exactamente lo único que no existía fuera de este planeta.

Vergonzoso

¿De qué tienes llena la cabeza?, le preguntaron molestos; ¿De cacá? Avergonzado, se fue directo al sanitario, se sentó y expulsó todo aquello hasta irse vaciando al grado tal que apenas tuvo fuerzas para oprimir la palanca, antes de concluir y ser aspirado y tragado y desaparecer por el séptico.

Testimonio del gusano

Bueno, si mi opinión cuenta, diré que la carne de funcionario es rica: sabe a banquetes que otros pagan; a vida regalada y suntuosas comilonas, aderezadas con *whisky* del caro. Hay otras preferidas: las de queridas y amantes, con sabor a *delicatessen*, caprichos y perfumes costosos. Está la carne de los enamorados: ardientes, sedientas, que siempre me dejan un regusto a pasión insatisfecha. Una de las peores es la carne del pobre: sabe a carencias, a arroz vacío, a escasez; es dura, correosa y cae pesada. Y la más amarga de todas es la de los escritores: sabor a tinta, a ansias apenas entrevistas, a polvo de páginas y a letras desparpajadas.

Inquietud

Siempre que el caníbal me dice: “*Me gustas*”, tengo ganas de preguntarle en qué sentido.

Distraído

Cuando perdió sus orejas tomó en serio aquello de que era muy distraído. Se puso a buscarlas, pero no dio dos pasos y ya había perdido la boca, así que no pudo decirle a nadie lo que le acontecía. Al cruzar una calle él, que siempre se preció de tener un olfato fino para todo, extravió la nariz. Y al voltear la cabeza para ver dónde se le había caído, sintió sus dos ojos desprendérseles y rodar por la cuneta. A ciegas, intentó moverse sólo para comprobar que también había perdido sus piernas; quiso arrastrarse y entendió que se le habían extraviado los brazos. En un último momento de lucidez, comprendió que eso que ahora rodaba haciendo un ruido seco por la acera, calle abajo, era su cabeza.

El pianista

De hecho, él, que fue un niño prodigio y un concertista extraordinario, admirado en los cinco continentes, recibió la atención mundial cuando ocurrió el aparatoso accidente. *CNN* y todos los noticiarios mostraron las partes retorcidas del vehículo en que viajaba. *Primer Impacto* enseñó aquel revoltijo de chatarras. Quien vio en *Ocurrió Así* el video del auto destrozado se sorprendió porque él había sobrevivido. ¡Un milagro! Todos también lloraron la dura tragedia de sus manos, ambas amputadas. Simultáneamente, en una oscura calle a aquel carterista le arrancaron la vida a puñaladas en un ajuste de cuentas. Y oportunamente, sucedió que un renombrado cirujano, autoridad mundial en su campo, se ofreció a intentar implantar las manos del carterista muerto al pianista. Hubo un clamor positivo de respaldo a la ciencia y al progreso humanos, de apoyo al concertista maravilloso privado de sus instrumentos de paz. Se dispuso el quirófano, el Estado ofreció cubrir los costos, sobresalientes cirujanos comprometieron su palabra de participar honoríficamente y la esperada intervención se produjo en medio de la expectación popular. *Discovery Channel* compró la exclusiva del acontecimiento que se grabó en vivo y se teledifundió a escala mundial. La operación no pudo ser más exitosa. Luego vino la paciente convalecencia, la terapia, la progresiva aunque lenta recuperación de las habilidades motoras de las manos, seguida semana a semana en un *reality* por una audiencia cautivada y emocionalmente comprometida con la recuperación del fino concertista. Pero él, el pianista, era perseverante, optimista, decidido. Fue recobrando las destrezas perdidas y sus manos volvieron a volar por el teclado, arrancando notas precisas, intensas, vívidas, enriquecidas por la emoción de la vuelta milagrosa a la vida. La humanidad entera que le conocía, le admiraba y que le acompañó en el proceso de su restauración, que aguardó su vuelta a los escenarios, se estremecía ahora ante aquella música cargada de matices, interpretaciones que tocaban hondo el corazón. Y aún se emocionaban más cuando, al final del concierto, el intérprete eximio les despedía personalmente a la salida de teatro, saludándoles y abrazándoles uno por uno, mientras, diestras,

las manos prodigiosas desplumaban de dinero y joyas a los incautos admiradores.

La curiosidad

Y a nosotras, ¿quién nos trae? –le preguntó la bebé cigüeña a su mamá.

La aceptación

Al quinto día de lluvia implacable le creyeron. Al bracear, agarrándose a lo poco que quedaba en pie, evitando ser arrastrados por corrientes inesperadas, moviéndose precariamente, se dirigieron a pedir clemencia y a suplicar que les acogieran en el arca; pero llegaron tarde. El armatoste se había zafado hacía unos momentos de las estacas que lo sostenían y se alejaba flotando a la deriva, a la buena de Dios.

Alegato de la gallina

¿No es injusto, digo yo, que se impugne con tal vehemencia el aborto, que se condene esa práctica como infame, que se defiendan leyes más restrictivas y punitivas para castigar a quien incurra en eso y, simultáneamente, se sea selectivo y se discrimine? ¿Es que hay abortos buenos y abortos malos? ¿No es paradójico que quienes cuestionan el aborto lo practiquen con mi especie? ¿Cómo se llama, si no, lo que cometen al comerse mis huevos?

Ignorancia

Murió un día antes de ser concebido, por lo que él nunca tuvo la oportunidad de enterarse.

El programa oficial para producir héroes

En vista de nuestra creciente necesidad de tener nuevos héroes, ya que el desarrollo urbano, con sus nuevas calles y avenidas, demandaba nombres a los que dedicarlas, se adoptó la medida de matar a quienes calificaban como tales y luego, es la costumbre, inculpar y condenar por el hecho a unos cuantos chivos expiatorios. Posteriormente, y como manda el caso, al mártir le dedicamos una calle, le levantamos una estatua, le componemos un himno e hilvanamos una biografía para que se lea en las escuelas, especialmente el día dedicado a su recordación.

El momento de entender

Cuando sintió en la piel de su estómago la empuñadura del puñal, la hoja aguda removiéndose dentro, pudo entender qué le quiso decir aquel hombre cuando le manifestó que le iba a demostrar su último argumento.

Sensibilidad

Pidió, con lágrimas en los ojos, piedad. Para justificarla, empezó frente a su verdugo a desarmarse: ojo, pierna, dientes… prótesis todo, prótesis tras prótesis. “Queda poco de mí”, dijo. “No se ensucie con un crimen por tan poco”. Su verdugo le miró y sonrió, se abrió la camisa y le mostró la prótesis que llevaba en lugar del corazón. Como él bien sabía, no importan las lágrimas: las prótesis no sienten nada.

Lucky man

¡Hombre con suerte ese Gerardo! No había juego, concurso, ruleta, sorteo en que participara y no ganara. Hizo fortuna. Los casinos tuvieron que impedirle la entrada; las loterías, lotos y rifas le prohibían expresamente jugar. Cierto psicópata le asaltó en su hogar una noche mientras veía televisión con un amigo. No satisfecho con robarles, el criminal les dijo que iba a decidir con una moneda, cara o cruz, a quién mataba de los dos. Gerardo, fatalista, le dijo que no era necesario, y le ofreció su cuello. Así perdió la única oportunidad que tuvo en su vida de participar en un sorteo en el que no iba a ser él el ganador.

Conciencia

Te das cuenta y piensas que te das cuenta de que te das cuenta; eso te hace pensar si podrías igualmente darte cuenta de que te das cuenta de que te das cuenta... En esas estabas cuando ocurrió el accidente en que quedaste inválido, por distraerte y no darte cuenta.

El cantante

En aquel país de individuos sordos como tapias, el talento de cantar que él exhibía era motivo de burlas: todos reían de sus ademanes, de su manera de poner la boca, de aquel comportamiento extraño que algunos con gestos comunicaron que, seguro, se debía a hechizos y demonios. A la sorna le siguió el temor, la preocupación. Total, que un día entre todos le lapidaron para arrancarle los malos espíritus que se habían apropiado de él y le mantenían haciendo aquellas morisquetas que nada bueno presagiaban.

Pánico

Lo que se le criticaba a aquel fantasma en particular no era su *horrendidad*; tampoco su inveterada manía de asustar a los transeúntes desprevenidos en los momentos más inoportunos. No, lo que se le enrostraba era lo pusilánime que era: si se miraba en un espejo soltaba un chillido escalofriante y echaba a correr despavorido, asustado por su propia imagen.

El solipsista

Abría y cerraba los ojos.

- Creo el mundo… Y lo desaparezco. Creo el mundo… Y lo desaparezco. Creo el mundo… Y lo desaparezco.

Eso lo repetía como un mantra.

Se sentía como un pequeño dios.

Cuando le sobrevino el infarto fulminante, el mundo le desapareció y ya no pudo volver a crearlo más.

El olor de Lilís

Momento antes de ser fusilado, Guillermo Valentín, quien fuera capturado vivo luego de haber desembarcado por Puerto Plata junto a un grupo de valientes, procedentes de Cuba, en una expedición libertadora con el fin de derrocar al general Ulises Heureaux, Lilís, quien gobernaba el país, miró lleno de odio al dictador.

- ¡Negro hediondo!, le gritó.

El gobernante, impasible, se atusó el bigote. Hizo con su cabeza la señal convenida y el jefe del pelotón ordenó: ¡Fuego!

El general Federico Lithgow, gobernador de Puerto Plata, quien junto a Lilís presenciaba la ejecución, se le acercó un instante después al dictador. Era uno de los pocos que se sentían en condición de intimar con él.

- ¿Se molestó con el insulto de ese perro, compadre?
- ¿Cuál insulto? El dijo la verdad. Negro yo soy. Y si hiedo a algo es a pólvora. ¿No lo comprobó hace un ratito él mismo?

La espera

Se recostó en el sillón. En el control remoto pulsó la función *Play* del CD Player y la voz de Sara Montiel le regresó a su juventud. *"Fumando espero al hombre que yo quiero…".* Suspiró. Tomó el cigarro, lo encendió con la morosa delectación de quien disfruta cada uno de los pasos del proceso. El humo aromático invadió la habitación. El trago de *whisky*, en la mesa a su vera, completaba el momento. Dio una chupada al habano y se relajó del todo. Una suave molicie le fue ganando, un desembarazarse de todo, un abandono dulce, placentero. El trago, el tabaco, la penumbra, la música… La muerte, la esperada, supo entonces que ése era el momento justo de llegar.

El artista a mano alzada

Andaba por El Conde calle arriba, calle abajo. Desaliñado, con sus hojas de dibujar pegadas al tablero rígido y el estuche de los lápices en la mano. Ofrecía a los turistas y demás transeúntes hacerles un retrato por apenas RD$50 pesos. Algunos, a los que sobraba tiempo, contrataban el servicio. Él, con esmerada atención, les enseñaba a posar, y se dedicaba, apasionado, a realizar sus trazos, sus difuminaciones, realizar claroscuros, componer, corregir proporciones, colocar luces, dar volumen… Luego de unos 15 minutos, les enseñaba el resultado: un rostro grotesco, en nada parecido, según sus clientes, a ellos mismos. Entonces, él, furioso, les exigía el pago. Si se resistían, tomaba unos peñascos y hacía valer sus derechos. Luego de cobrar, se marchaba irritado con aquellos patanes incapaces de apreciar el arte verdadero.

Entrar al Guiness

Se hizo una pequeña incisión en el antebrazo y capturó todo el proceso con su videocámara. Luego, subió las imágenes a *YouTube*. Se sorprendió de la acogida. Recibió toneladas de mensajes animándole a proseguir, así que, entusiasmado, se amputó una falange del meñique. Su video concitó una increíble respuesta. Ganó fama y renombre. Eligió entonces desprenderse una oreja. La receptividad superó todas las previsiones. Entonces, comprobó que otros, los inevitables segundones, se lanzaban a competir con él. Buscó ayuda y empezó a autoaplicarse amputaciones cada vez más arriesgadas. Cuando el gobierno quiso inmiscuirse, se amparó en el derecho que poseía sobre su propio cuerpo. Así, pudo subir a la red la amputación de su brazo izquierdo, sus piernas, la extracción de un riñón, su nariz y ahora, para dejar realmente atrás a sus imitadores, iba a realizar el ablandamiento de su quijada, lo que le iba, de paso, a garantizar un lugar en el Libro de Récord *Guiness*, y para lo cual estaban representantes de la prensa y otras personalidades, incluyendo el gobierno que aprovechaba el evento con fines de promoción turística, todos presentes en ese acto histórico que le catapultaría definitivamente a la inmortalidad.

La brocha cromófoba

Había que verla temblar; cómo se le alboraban sus cerdas, el terror que dejaba traslucir su mango, la turbia palidez de su hojalata. ¿Pero acaso no era su destino? ¿Su existencia no cobraba sentido con la pintura? Sin embargo, tenía pavor, pánico total a los colores, ni siquiera un inocente blanco soportaba. Desde que se olfateaba que iba a ser empleada comenzaba a sacudirse, aterrorizada. ¿Es que por brocha carecía de derechos? ¿Es que se podía torturar impunemente a una brocha? Desesperada, no sabía donde esconderse, cómo desaparecer. Tenía una fobia atroz a los colores. Se sentía profundamente desdichada. Vivía una fuerte angustia existencial. ¿Y era para este suplicio que existía?

Procrastinología

Si hay algo pendiente por hacer, hay una razón para vivir. Ese era su principio vital. De ahí que se propuso leer todos los libros escritos, aprender todos los idiomas, traducir libros de un idioma al otro, trasegar información y saberes como nadie lo había hecho hasta entonces. Al momento de su muerte había acumulado tareas que le obligaban a existir por lo menos un millón de años. Su cuarto estaba repleto de *post-its* con las notas de lo que un día habría de hacer. Ninguna comenzada. Todas pendientes de empezar, suponemos que en el largo período que llevará muerto de aquí en lo adelante.

Eternidad

Hemos eliminado el tiempo. Fijamos el instante. Logramos reproducir aquel milagro de detener el sol. Ya no habrá muertes. Tampoco nacimientos. Nada podrá crearse ni dañarse. Nadie envejecerá. Las embarazadas lo serán para siempre. Los enfermos continuarán con su aflicción estancada. Los ancianos serán eternamente ancianos. Los niños continuarán niños por los siglos de los siglos. Nada cambiará. Todo será eterno, mortalmente aburrido, sin que la muerte nos pueda liberar de la carga. Entonces, cuando nuestra invención se hizo irreversible, de alguna forma entendimos que habíamos creado el infierno.

El cuentista

A su alrededor sucedían sucesos tremendos: historias de amor apasionado que desafiaban todos los parámetros; crímenes pretendidamente perfectos que terminaban por ser descubiertos frente a la estupefacción de todos al conocer al autor del hecho; individuos que luego de toda una vida virtuosa devenían en mayúsculos sinvergüenzas; fraudes y robos sorprendentes, en que se veían implicadas familias hasta entonces honorables y patricias; todo tipo de intriga, conflicto, enfrentamiento, conmovían a la población; las controversias y los forcejeos se sucedían interminablemente; se vivía bajo un ambiente tenso, de tragedia inminente, de guerra fraticida larvada, ... Y la gente acudía a él, ¡a él!, para que las vertiera entre sus páginas. ¡A él, precisamente a él que se desvelaba por escribir una novela de ciencia-ficción sobre transferencias telepáticas y desconstrucción molecular protagonizada por seres en nada semejantes a los terrícolas!

Informe policial

Informamos a esa Jefatura que en vista de las varias denuncias de estafa recibidas en este cuartel que comprometían al ciudadano Genaro Vargas, el oficial a cargo, primer teniente Inirio de la Cruz López, instruyó a quien suscribe, cabo Indalecio de la Rosa, escribiente, y al raso Lázaro Holguín, quien estaba ese día de servicio, a que nos apersonáramos en el domicilio de dicho ciudadano, con el fin de traerle a este destacamento para oír qué tenía que decir.
Al llegar a la casa, el señor Vargas nos recibió con amabilidad, nos ofreció café que recién terminaba de colar y nos regaló tanto al raso Holguín como a mí un resguardo que, nos informó, estaba especialmente bendecido para librarnos de cualquier mal, y nos aseguró que él era amigo de las Fuerzas Armadas y de la Policía Nacional, así como del Superior Gobierno.
Aceptó de buena gana acompañarnos, por lo que esperamos a que se vistiera y regresamos acompañados de él a las 5:40 horas de la tarde.
Al llegar al cuartel, el teniente De la Cruz se dirigió al prevenido con incomodidad y le amenazó con que si no dejaba de estar engañando gente, le iban a dar una pela para que escarmentara. Este, por su parte, le respondió al teniente que tuviera mucho cuidado porque él, Vargas, tenía sus poderes y ni el teniente ni nadie le podían poner la mano encima ni hacerle ningún mal.
El teniente De la Cruz, al escucharlo decir eso, gritó que sólo que le cayera un rayo iba a impedir que él le diera una buena tabaná por respondón.
No bien terminó de decirlo, sentimos el centelleo violento que nos tiró contra la pared y el estruendo que nos explotó en los oídos.
Del teniente De la Cruz apenas quedó un montoncito de cenizas humeantes y del ciudadano Genaro Vargas, ni señas.
Estamos procediendo a salir a ver si le encontramos. Solicitamos cortésmente a esa superioridad que se nos permita seguir usando el resguardo, por si las moscas.

Diluvio

¿Y qué pasara –pensó mientras veía la lluvia caer interminable, desde su ventana- si de nuevo, como en el Diluvio, volviera a llover ininterrumpidamente y el mundo volviera a ser sepultado por las aguas?
Cerró entonces los ojos, se reclinó suavemente y se dispuso, en la modorra del momento creada por la penumbra, el fresco, el repiqueteo continuo del aguacero y la carencia de urgencias, a emplear sus destrezas en visualización creativa. Se aisló de los eventuales chillidos de alegría de los niños que, afuera, retozaban bajo los caños y del ronquido y bocinazos ocasionales de los vehículos que pasaban frente a su hogar. Su mente empezó a imaginar vívidamente el turbio correr de las aguas que arrasaban, inundaban, anegaban todo, los ríos de lodo y los deslizamientos de tierra, el barro que sepultaba pueblos, cultivos, la rotura de presas, reventadas por la presión incontrolable del agua; la subida de nivel del mar; ciudades en que los sobrevivientes se refugiaban en los pisos altos de torres que cedían; la catástrofe sobre la que flotaban cadáveres de personas y animales junto a objetos que ahora carecían de valor, un mundo donde las altas cadenas de montaña ahora eran islas sobrepobladas por quienes insistían en sobrevivir como fuera frente a un panorama de lluvias inmancables, borrascosas, inclementes. Vio cómo el nivel del agua subía y subía hasta cubrir aún las montañas más altas, hasta transformar la tierra en un único océano, hasta desbordarse a un nivel en que él mismo era sumergido.
Cuando le hicieron, horas después la autopsia, diagnosticaron asfixia por inmersión. El oficial a cargo leyó perplejo el peritaje. El cuerpo estaba seco. El lugar por igual. No había indicios de que al cuerpo lo hubiesen trasladado de un sitio a otro. ¿De qué manera pudo ahogarse aquel hombre?

Kafka

Condenado irremisiblemente por su manía de narrar formas inusitadas de experimentar el infierno, Kafka aguarda en las puertas a que un mensajero le lleve papel y tinta con qué escribir su petición de misericordia, sin saber que ese mensajero deambula perdido en uno de esos interminables laberintos sobre los que escribió sin saber que describía su destino.

El equilibrista

Un hombre cree que él camina en el filo de la orilla del mundo. Se mueve con cuidado. Todos nos reímos de él. En una se distrae por nuestras carcajadas, pierde el equilibrio y cae. Corremos a la orilla y al asomarnos vemos cómo se pierde en el vacío. Dejamos de reír.

Acapulco

Empecinado en que no visitaría ninguna playa, ningún balneario que no fuera Acapulco, se negó sistemáticamente, pese al ruego de familiares, amigos, su esposa, sus hijos, sus compañeros de trabajo y todo el que sentía que podía influir en él, incluyendo al sacerdote de su parroquia, sus compadres y suegros, a conocer las playas y balnearios de su país. Nunca sacó pasaporte. Nunca viajó fuera de su pequeña isla. La única idea que tuvo de una playa fue aquel descolorido panfleto turístico sobre Acapulco que guardaba como un tesoro y que contemplaba a escondidas, a solas, como si alguien pudiera quitárselo.

El cigarrillo que tenía fobia al fuego

Aquel cigarrillo le tenía tal fobia al fuego que escogió morir lanzándose al agua, lo que hizo deslizándose en un descuido de la cajetilla y cayó al fregadero en el preciso instante en que su propietario tomaba la decisión ¡por fin! de dejar de fumar.

La clonación perfecta

La tecnología de la clonación alcanzó su perfección cuando logró reproducir al individuo con su edad, sus achaques, la enfermedad terminal que le consumía. Su clon murió al mismo tiempo que él, de igual achaque.

La ley de Lynch

Aquel pueblo carecía de cabeza. Las funciones que normalmente estaban allí: oídos, ojos, olfato, boca, se distribuían en distintas zonas del cuerpo, y el cerebro estaba localizado alrededor del estómago. Y vivían felices. Sus pensamientos no superaban el ocuparse de llenar aquel estómago que nunca se saciaba. Pero un día, sorpresivamente, apareció un monstruo: un espécimen con cabeza. Todos se alarmaron. Miraron a aquella aberración y decidieron que no se iba a permitir que proliferara. Decidieron lincharlo: le aplastaron y luego le extirparon la cabeza para que, muerto, se volviera normal y se pareciera a ellos.

La pierna

El caso es que quedó desprendida. ¿Accidente? ¿Atentado? ¿Violencia de guerra? ¿Simple maldad? Es irrelevante. Lo que importa es que la pierna estaba allí, tirada. Una pierna humana, una parte ahora inútil de un ser que la perdió. Mas la pierna era testaruda. Se negó a culminar en un vertedero, en una fosa, en un horno o en cualquier lugar donde terminen las piernas desarraigadas de sus dueños. Así que salió a caminar, a saltitos, en búsqueda obstinada de su propietario. El problema es que carecía de ojos, de memoria, de oído. ¿Cómo sabría quién era? ¿Se creía de verdad aquello de que “la sangre llama”? Al principio concitó la atención pública. Intentaron entrevistarla, pero ¿cómo hablaría? Todos quisieron verla. Luego se acostumbraron al fenómeno. A lo último la espantaban, acosándola a pedradas, para que no importunara a la gente, no asustara a los niños, no estorbara imprudentemente a los automovilistas en las calles. De alguna manera aprendió. Durante el día permanecía descansando escondida. Muy tarde en la noche, aprovechando la oscuridad y la soledad de las calles, volvía a sus andadas. Sólo de vez en cuando se le oía corretear presurosa, perseguida por los perros.

Pérdida de valores

El descreimiento, el escepticismo y el poco respeto por las tradiciones y saberes que provienen de la vida cotidiana, están hundiendo a este pueblo. Antes, cuando la población era fundamentalmente rural, se vivía mejor. Más sano, más orgánico. Ahora el caballo ha sido sustituido por la motocicleta; la vida en el campo se ha trocado por el hacinamiento en las ciudades; la fe de antaño por la superficialidad de los astrólogos. ¿Y nuestro gremio? Con nosotros se ha cometido la peor de las injusticias. Antes nuestro solo nombre inspiraba temor y respeto. Se nos tenía en alta estima. Hoy los bacás no somos nada. Al metamorfosearnos en tocones apenas hemos conseguido que dos o tres perros realengos se nos acerquen para mear.

Algo ha sucedido

¿Qué? No sé, pero este presentimiento nunca me falla. Es un vacío poderoso, un hueco gigantesco que se me abre dentro. Y tiene que llenarse con un acontecimiento trágico, estremecedor. Paso revista a mis últimas horas. Luego a mis últimos días. Y enseguida a mis últimas semanas. ¿Qué desliz pude haber cometido? ¿Qué descuido? ¿Qué imprudencia? Por experiencias anteriores, sé que esta incertidumbre anuncia un daño grande, un golpe devastador. Así me ocurrió en otros momentos. Y nunca había sido tan intensa la sensación, nunca tan profundo el vacío, nunca tan inmenso el hueco. ¿Qué hacer? ¿Aguardar? ¿Echar a correr? Pero ¿hacia dónde? Sin embargo, siento que es impropio que me quede clavado aquí, aguardando la infausta noticia. Odio este don de la premonición. Odio saber con antelación el golpe que me desplomará, que me hundirá en la más dura de las desesperaciones. Algo ha sucedido y no sé qué fue. Algo que viene sobre mí y no puedo evitar.

La cita

Cada noche, en la cafetería El Conde, frente al parque Colón, el poeta Carlos Gómez Doorly con su chamarra caqui y su barba encanecida, llega y toma asiento. Saca de un folder amarillo manoseado un legajo de papeles manuscritos: sus poemas, y también un par de manojos de fotocopias grapadas: su revista, buscando venderlas. Se sienta, a solas, y pide un café. Luego, se sumerge en su mundo, aislado del bullicio, del tráfago de gente. A su lado toma asiento el conde Saint-Germain. Gómez Doorly sonríe complacido, le saluda con un leve movimiento de cabeza y regresa a sus papeles. Se siente inspirado. Toma su felpa y empieza a escribir un poema. Luego hablará con el Conde de la Blavastky y de Gurdieff. Se da cuenta de que en las paredes del restaurante no están colgadas sus lechuzas. Tuvo intención de preguntar la causa a Abreu, el camarero de confianza, pero se contuvo. Es una rutina esta de venir cada noche a la cafetería El Conde, con sus poemas escritos en hojas sueltas. Esta es Cacibajagua, la cueva madre. Aquí se junta con Saint-Germain y tratan sobre esoterismo. Ya no hay prisa. Ya no se queja de la subvención escasa. Ya por fin está libre de mayores angustias, no tanto existenciales como económicas. Ahora puede explayarse sobre ciencias ocultas a gusto. Nunca se imaginó que esto de morir era tan placentero.

Transgresión

Tras su última reelección, el primer decreto de Su Excelencia fue prohibir terminantemente que las personas murieran sin autorización oficial. Acto seguido se murió, dada su manía de transgredir cualquier regla o ley, incluso las propias.

En La Tortuga

Ciertamente, nuestros tiempos modernos, en que la ciencia desvela los misterios de la naturaleza, no son tiempos para supersticiones. Y menos las provenientes de razas inferiores. No sé por qué mi hermano insistió en mandarnos a mi esposo y a mí a estas islas perdidas. Él tendrá sus razones, y las respeto. Pero ahora, junto al lecho de mi esposo que arde y se consume en fiebres, viéndole los ojos demudados, escuchándole delirar interminablemente, sintiéndome olvidada del mundo, pienso que esta encomienda fue un castigo. Sé que hubo que dar ejemplo entre los negros y aplicar el terror; lo sé. Y al percatarme del cuchicheo entre las esclavas, sus miradas recelosas, sus temores atávicos, les pregunté qué les sucedía y me hablaron de maldiciones y conjuros. No es posible, lo sé, que estas fiebres provengan de demonios. La revolución trajo la luz y la ilustración a los franceses. Nos hemos sacudido de los férreos yugos de la iglesia y la superstición. ¿Por qué entonces veo arder a Charles Victor y me entran estos miedos? ¿Cómo es que yo, Paulina Bonaparte, escucho maldiciones y amenazas en el tam-tam lejano de los tambores que baten frenéticos estos negros?

El burócrata

Acostumbrado a recibir órdenes, aún después de muerto, siguió asistiendo día tras día a su oficina de la Secretaría de Estado de Educación, Bellas Artes y Cultos, para cumplir con el horario. Nadie le informó acerca de su muerte y él continúa con su rutina, a la espera de instrucciones.

Tántalo

Sí que conozco el suplicio de Tántalo. Sí que es sorbido la ironía, el acíbar de la vida. Quien no lo conozca, que no crea que es grave su aflicción. Imagínese una voz sublime, una garganta prodigiosa, en poder de un sordo que vive entre sordos. ¿Pueden imaginarlo? Todos sentimos que nuestro dolor es singular, que nuestra pena sí es válida. Los griegos, ¡ah, los griegos!, crearon los paradigmas. El mío es Tántalo, el suplicio eterno y la proximidad del beneficio que se nos niega con infinita crueldad. A mí, talvez debido a mi ego, se me concedió el don sublime de la belleza perfecta, la que desborda todo límite, la que postra al más indiferente, con el castigo de la invisibilidad.

El aspirante a fantasma

La pereza le impedía llegar a tiempo para integrarse a un cuerpo. Como es sabido, es sólo una milésima de segundo la ventana en que, al fecundar el espermatozoide al óvulo, puede insuflarse el espíritu de vida. Miles de millones de potenciales aspirantes se congregan alrededor de quienes hacen el amor, a la espera del acto, buscando el primer puesto. Ahora, con todo el rollo del SIDA y los preservativos, del control de la natalidad y asuntos del mismo jaez, la competencia se hacía más cruda. Ciertamente, admitía, resobarse en la multitud, haciéndose espacio para poder colarse, no era algo que le agradara. Lo había intentado, pero los apretujones eran terribles, y por más espíritu que fuera, lo resentía. Los magullones del espíritu, bien lo sabía, son peores que los de la carne. Pasaron billones de años, la tierra se enfrío, la raza humana se extinguió, el universo frío e inmenso se desplomó de toda vida y él nunca pudo realizar su vocación de llegar a ser fantasma.

La fama

Hubo de aguardar por décadas su momento de fama. Sabía que llegaría. Vio con paciencia cómo otros, incluso posteriores a él, lo obtuvieron primero. No se desesperó. Llega su día, explicaba, en que la fama toca a tu puerta. Es simple cuestión de ser paciente y no desmayar. Año tras año se mantenía aguardando su momento, imaginándolo, experimentando en su fantasía las emociones, las circunstancias de ese instante supremo; ensayaba sus palabras apropiadas, las que pulía, escardaba, mejoraba, abrillantaba, de forma que ese singular y único instante fuese aprovechado en sus breves y fugaces minutos. Una sola frase, una expresión, un gesto... Y toda la espera del mundo habría valido la pena. El resto era una permanencia de siglos en la historia, anécdotas, personas que se vanagloriaban de haberlo tratado, que hablaban de sus costumbres; biografías, el honor imperecedero de su descendencia... Esos recuerdos de lo que vendría, le fortalecían y renovaban. El paso del tiempo, sin embargo, es inexorable... y sus consecuencias. La vejez fue marcándole el rostro, el cuerpo... despojándole de todo, incluso de sus anhelos. El feroz Alzheimer se apropió de su mente. Siguió sentándose en el frente de su casa y aguardaba ¿qué?, ya no recordaba y, supongo, que ni le importaba. Luego sus hijos y nietos siguieron sentándole en su mecedora, en la galería, porque al abuelo siempre le gustó sentarse ahí. No lo supo, pero la fama sí pasó por el frente de su casa. Lamentablemente, vio aquel despojo humano que babeaba dormitando en la mecedora, insensible a todo, y ella movió la cabeza de un lado a otro, con lástima, como despejándola; luego siguió su camino hacia no se sabe qué lugar.

El don

Inesperadamente, empecé a tener el don de ver a los difuntos. Millones y millones vagando de un lado a otro. Algunos, mirándome como pidiendo un poco de clemencia y comprensión. Me abrumaba esa imagen.

- ¿Por qué cierras los ojos? –escuché una voz a mi lado.

- No quiero ver lo que veo –respondí, sin abrir los ojos.

- ¿De qué te asombras? Eres uno de nosotros – me explicó.

Abrí los ojos. Ahora la vista se hizo menos desesperante para mí.

El fenómeno

Cuando el padre de familia empezó a hincharse, todos se sobresaltaron. Y ahora, ¿quién traería el pan al hogar? Al tercer día, prácticamente no pasaba por la puerta: tan desfigurado estaba. No tenían con qué pagar consulta ni comprar medicamentos. Siguió inflamándose y de no ser por el hijo mayor, todos estarían languideciendo del hambre. Fue a él a quien se le ocurrió la idea de cobrar por dejar ver a su padre, vuelto ya un fenómeno irreconocible. La curiosidad morbosa de la gente les ha hecho prosperar. Empezaron los programas locales, siguieron los internacionales, las exclusivas, los reportajes a fondo, los estudios clínicos... Ahora el temor es que el padre se deshinche y recupere la normalidad. Nunca habían vivido tan bien. Si eso sucede, ¿de qué se mantendrán?

El Renovador

Hay que vivir, y sin embargo, me bulle, me rebulle, me hierven estas ganas de hablar, de decir; pero ni el pensamiento está exento de ser escrutado sin que lo sepamos. Bien que se sabe que trajeron un aparato que lee la mente y descubre los pensamientos que incluso tienen varios días de hechos. De ahí que opté por inventar una lengua, un oscuro guarismo, un código exclusivo para disfrute propio. Allí, con los términos que inventé a mi gusto, esculpí mis denuncias, construí mis blasfemias políticas, probé una y otra vez lo inicuo de esta bestia que nos domina. Y luego convencí a los sabuesos escépticos del régimen que todas eran loas e himnos de alabanza a Nuestro Bienamado Conductor. Bien sé que me tienen a menos, que cuestionan mi inteligencia y mi cordura. Que se negaron a incluir una pieza mía en el *Árbol simbólico*. Todos me aceptan como un excéntrico, una nota graciosa. Yo condesciendo a sus chanzas y pullas. ¡Serviles! De cuando en cuando doy a la luz un inspirado poema apologético donde escupo al tirano y a su estirpe. Y cuando lo declamo en el Ateneo, veo damas emperifolladas soltar su lagrimita hipócrita, a aedas sumisos encomiar mis versos y a los infaltables calieses aplaudir con discreción cuando menciono la dedicatoria al glorioso perínclito.

Al verte caminar

Al verte caminar al lado de aquello en que se había convertido esa mujer, al notar su trato áspero y amargo para contigo, se me esfumó el rencor. Todos estos años odiándote fueron injustos. ¡Tú me salvaste de esto! ¡Tú me reemplazaste! ¡De no ser por ti, ese ser apocado y arrepentido que caminaba al lado de aquel monstruo gordo y amargado hubiese sido yo!

Políglota

Cuando sus padres viajaban a New Jersey de visita, les encantaba sorprenderles con su pronunciación casi perfecta del inglés: parecía que nació y se crió acá la niña, en los países. Luego, cuando celebraban el Maní en honor a Ogún el día de San Miguel, también les sorprendía hablándoles en *patois* o, en fin, en esa jerigonza de los haitianos, que es el único idioma que los luases entienden.

La calculadora que odiaba la matemática

Solicitó sin éxito ser convertida en agenda electrónica. Frustrada, vio que no prestaban atención a sus argumentos. Se preguntó de qué servía expresarse, si al final harían lo que les diera la gana sin tomar en cuenta sus objeciones. ¿Esa era la única utilidad de la libertad de expresión, el desahogo inútil? Se resignó a ser desechada por inservible. Sabe que hubiese sido una magnífica agenda electrónica, pero que como calculadora no serviría nunca porque no se le daban bien los números.

Estado de sitio

Ese día, primero de la Ley Marcial, los soldados estuvieron fusilando toda la noche a los infortunados sorprendidos en la calle por el toque de queda, sin importarles el hecho de que vivían desamparados, sin hogar, a la intemperie.

Cambio de cara

Perseguido por la DEA, el FBI, la DNCD, la INTERPOL y también por clanes rivales del negocio de trasegar narcóticos, leyó en el *Listín Diario* sobre operaciones de cambio de rostro y vio allí la puerta de salida que buscaba. Para que nadie se enterara de la solución hallada, mantuvo todo bajo la mayor discreción. Saldría del país en una lancha rápida que lo recogería en una playa desierta de Pedernales. Daría a entender que estaba oculto en Haití. Mandaría a esparcir el rumor que mantendría ocupados a los mecanismos de represión locales y norteamericanos, y confundiría a sus enemigos. Ganaría tiempo. Se hizo los exámenes y estudios requeridos sin que su gente se enterara y fueron remitidos al exterior por vía segura. Se obtuvo, no me pregunten el medio, al donante adecuado y se dispuso todo. Se movió a Pedernales sin grandes contratiempos. La lancha le recogió en el lugar convenido y viajaron a Centroamérica, lugar al que se dirigieron los cirujanos contratados. La operación, con todo lo riesgosa que era, fue un éxito total. Le tomó un tiempo habituarse a su nueva imagen. Aprovechó y también se operó las huellas dactilares. Luego vinieron dolorosos meses de terapia hasta que pudo gesticular sin dificultad y, mirándose al espejo, sentir que era hombre nuevo. No permitió fotografía ni manera alguna de que pudieran identificarlos. Y oportunamente, con dolor de su alma, sí, pero no había otra opción, se deshizo de aquellos que conocían su vieja identidad. Ahora era otro. Estaba listo para rehacer su poder, golpear sin misericordia a sus enemigos y mantener entretenidas a las organizaciones policiales que perseguían a un fantasma que ya no existía más. Regresó por la misma vía y se hizo expedir documentos legales que le dieron una nueva identidad. Caminó a sus aires por la capital, visitó lugares públicos y se paseó frente a cuarteles riéndose secretamente y se felicitó por su éxito. Disfrutaba, sobre todo, zamparse un tarro de helados mientras caminaba por la Máximo Gómez con México, pasando sin prisas frente al local de la DNCD. Así vivió unas semanas deliciosas, sin mayores preocupaciones. Luego, el gusto por el peligro y la tensión se le revolvió de nuevo. Iría otra vez a ponerse al frente de

su organización. Extrañaba esa adrenalina, vivir en aquel cara o cruz diario que hacía de cada momento una aventura. Fue, ahora que lo sabe, ingenuamente al lugar en que sus hombres se reunían. Les llamó y le encañonaron. Quiso explicar y le golpearon. Le llevaron a un descampado, camino a Puerto Plata y allí le ejecutaron. Al regresar sus asesinos se burlaban de cómo aquel tipo quería infiltrarse haciéndoles creer que era el jefe, cuando todos sabían que el jefe estaba escondido en Haití.

Minimensaje

Hola. Te aviso que ya me fui de tu casa. Porfa, excusa el reguero y el desorden de la habitación de tu padre. No sabía que tu viejo era tan fuerte. Llámate a la policía tan pronto llegues. Y no te olvides de borrarme. Besos.

Creatividad

Cansado de las limitaciones del español para expresar mayores improperios se dio a la tarea de inventar insultos más ácidos, más monstruosos; imputaciones más vergonzosas y terribles que las conocidas. Combinó palabras, hizo acrónimos, creó nuevas raíces, esculcó en otros idiomas los términos más infamantes, peyorativos e insultantes y, ¿para qué? Para que ahora, cuando se explaya con aquel guirigay inventado por él, que debía hacer enrojecer y desesperar de la vergüenza a sus infamados, todos se rían divertidos de que la cólera le saque a él de casillas y le ponga a pronunciar disparates que nadie entiende.

Onironauta

Dado que descubrió lo feliz que le hacía soñar, lo entretenido de sus sueños y lo aburrido que le resultaba estar despierto, hizo los arreglos para mantenerse soñando todo el tiempo. Dispuso (para algo tenía que servir el dinero) que no se le despertara y que se le suministraran sus alimentos por vía endovenosa. Igualmente, que se le aseara y cuidara con extremo cuidado, para permitirle dormir a piernas sueltas. Contrató un servicio rotativo de enfermeras que vigilara su sueño. Adquirió un colchón mullido, acariciante. Y se lanzó a bucear en las aguas deleitosas de su sueño. Allí se dio a vivir gratificantes experiencias. Conocía a mujeres deslumbrantes. Viajó a países exóticos. Experimentaba las más emocionantes circunstancias. ¡Eso era vida! Así, su sueño se mantuvo, ayudado por algunos hipnóticos que le mantenían la somnolencia deseada: los somníferos que le eran proporcionados, diluidos entre los sueros, por las norsas. La placidez del procedimiento llevó a descuidar las rutinas. Las enfermeras, para entretener su tiempo de vigilia, se aficionaron a tortuosas telenovelas que las mantenían ansiosas en los vericuetos sentimentales de sus protagonistas. Aunque el televisor estaba en la habitación contigua, el volumen era escandaloso. Los gritos, desavenencias, celos, sospechas, riñas e insultos de los seriales de alguna forma fueron contaminándole; aquel entramado de conflictos le fue distorsionando el mundo idílico y sus sueños se fueron desvirtuando. Empezaron a dejar de ser gratos. Se plagaron de sospechas, de infidelidades, de amenazas... Las circunstancias que experimentaba eran enojosas; se sentía permanentemente traicionado, acechado, burlado. Gritos, ayes, insultos, injurias rebosaron cada experiencia. De alguna manera se dijo: estos son sueños. Lo único que tengo que hacer es despertar. Entonces, cuando quería emerger de aquella melcocha onírica una nueva dosis de somníferos lo volvía a hundir en aquel mar tenebroso de malquerencias, destinado a padecer las violentas disputas, maltratos, traiciones a los que nunca se vio expuesto en vida pero que ahora cubrían como un manto de malestar sus sueños, mientras sus enfermeras, prendadas del televisor, sólo se movían en las pausas comerciales

para cambiarle el suero, suministrar las prescripciones y darle un aseo ligero, no vaya a pasársele la novela en el momento en que más buena estaba.

Palabrómano

Siento deleite en paladear palabras. Las escojo con delectación, algunas por su verdor, otras por ser tornasoladas, y algunas por su dulzor, su picor o su agrio… Las limpio de cualquier adherencia intrusa, las aderezo con esmero, cuidando el punto exacto, y anticipo el placer de degustarlas. Hay vocablos que atacan con fuerza, hay otros sutiles. Unos transmiten aromas añejos, remiten a viejas memorias; otros son frescos, como cosechados del día. Es cuestión de equilibrio. No es bueno servirse demasiado de aquellas maduradas por siglos, provocan agruras. Tampoco limitarse a las ligeras que provienen de la última hornada, les faltan esencias, nutrientes. Bueno es mezclarlas, dejar que combinen sus jugos, que se atemperen unas a otras, que unan sus vapores, sus pulpas. Algunas se disfrutan más si se las consume de inmediato, pueden ponerse rancias en poco tiempo. Otras hay que marinarlas y darles su tiempo para que incorporen los sazones. Y algunas hay que irlas a buscar a la bodega donde se añejan, y se cargan de espíritu. Hay palabras que excitan el ánimo, que encienden pasiones. Otras atemperan, moderan, calman. Las hay que mueven a alegría y otras a compasión. Hay ardientes, iracundas, sólo recomendables para platos mexicanos o hindúes. Las hay saladas, acres, amargas como acíbar… Yo las gozo, las disfruto. Las paladeo y combino a mi gusto para guisar distintos platos. Traen el sabor de tierras lejanas, de historias tormentosas, de viejas leyendas. En ocasiones, encuentro algunas límpidas, como agua llorada por el cielo. Otras arrastran grumos, sedimentos; son minerales y turbias. Todas me nutren, a todas agradezco. Y cada día recojo las que están en sazón, las que ya están maduras, plenas, para hilvanar mis platos. Con ellas preparo para mis comensales aperitos, suculentas entradas, platos principales, sopas, frituras, guisos, postres y hasta un rico café para cerrar el banquete, e incluyo las sedativas para abordar la noche y tener dulces sueños.

Perfil del autor

Aquiles Julián

El Seibo, República Dominicana, 1953.

A inicios de la década del 70 fue miembro del **Movimiento Cultural Universitario**, MCU, de la Universidad Autónoma de Santo Domingo, UASD, en su sección de literatura, y del **Teatro-Estudio**.



Por esos años, fundó el Club Deportivo y Cultural **Villa Faro**, el Club Deportivo y Cultural **El Bohío** y el Movimiento Literario **El Manto**.

A partir del 1973 realizó diversos talleres de **actuación y teatro** con el director venezolano **Rómulo Rivas**.

En 1973 gana el **primer premio**, en Poesía, del **Primer Concurso de Literatura Joven** René del Risco Bermúdez.

Funda el Club Deportivo y Cultural **Don Bosco** y el Grupo Teatral **Don Bosco**.

En 1974 participa en la creación del **Tercer Grupo**, perteneciente a la organización teatral **Cuatro Puntas** que dirigían Rómulo Rivas y su esposa, la actriz chilena Mercedes Díaz.

En 1975 participa como miembro del polo de dirección del grupo **Cine Militante**, imparte charlas de cine en los talleres que este grupo realiza y coparticipa en la producción del documental *Crisis*.

En 1975 organiza y dirige el **colectivo de escritores jóvenes Jacques Viau Renaud**.

En 1975 gana los **primeros premios en Poesía y Cuento** del Concurso del Obispado de Higüey, provincia La Altagracia.

En 1975 se integra como actor al **Teatro Universitario de la UASD**, dirigido por Haffed Serrulle.

En 1976 gana los **primeros premios en Poesía y Teatro** del Primer Concurso Nacional de Literatura Joven, auspiciado por The Royal Bank of Canada.

Desde el 1970 participa en una intensa labor de promoción del **teatro popular**, formando y dirigiendo grupos de teatro en los clubes Los Nómadas, Los Mina; San Lázaro, San Carlos, Liceo Manuel Rodríguez Objío, Club Don Bosco, Club Villa Faro, etc., y promueve la **Asociación Nacional de Teatro Aficionado**, ANTA.

Codirige la primera y la segunda **Jornadas de Teatro en la Calle** junto a otros teatristas.
Publica **críticas de teatro** en el **suplemento Aquí** del vespertino **La Noticia**, dirigido por el poeta Mateo Morrison, de manera regular.
En 1980 participa como miembro del **Colectivo de Escritores ...Y Punto!,** e idea el **Nosdalaganario de Literatura** de esa organización.
Es contratado como copywriter y creativo en Extensa Publicidad.
En 1982 gana el **Primer Premio de Cuentos** del Concurso de Casa de Teatro con su cuento "**Mujer que llamo Laura".**
Es candidato a diputado en las elecciones nacionales de 1982.
Ese mismo año pasa a Publicitaria Latina como copywriter y creativo.
En 1983 es coautor del libro **Nosotros Mismos Somos**, del Colectivo de Escritores **...Y Punto!, auspiciado** para la colección de la **Biblioteca Nacional**, dirigida por el escritor Cándido Gerón.
En 1985 se incorpora como director creativo de la publicitaria Systema Creativo. En 1986 asume la gerencia general de Systema Creativo.
Ensayos, poemas y cuentos suyos son publicados en el **suplemento Isla Abierta**, del **periódico Hoy**, bajo la dirección del gran poeta, ensayista, narrador y pianista Manuel Rueda.
En 1987 comienza a impartir los **Talleres Prácticos Aquiles Julián** sobre creatividad y publicidad.
Entra como director creativo de **Publicitaria del Caribe**, PUBLICA, hoy Pagés BBDO.
En 1988 se incorpora como gerente de comunicaciones del **Grupo Bancomercio** y director creativo y gerente de **Mercurio Publicidad**, la unidad de comunicación del Banco del Comercio y sus empresas vinculadas.
En 1989 asuma la dirección creativa de **Retho Publicidad**, laborando junto a Zoilo Suárez. Y a finales del 1989 Alberto Betancourt y Enrique Aguilar, gerente y director creativo general de **McCann-Erickson Dominicana** le ofrecen la posición de Director Creativo Asociado de esa multinacional.
En 1990 comienza a impartir los **talleres de producción de video** y promueve la **Asociación Dominicana de Video Aficionado**.
En 1994 funda **Maxiventas, S.A.,** primera empresa especializada en comunicación integrada de marketing, en República Dominicana y realiza exitosas campañas de mercadotecnia integrada para clientes como ATT, Muebles de Oficina OMAR, Herrera Pérez & Cía, Fábrica de Colchones Rex, etc.
En 1999 gana una mención en el **Concurso de Teatro** de Casa de Teatro.
En el 2001 se alía a **Optimus, Colombia**, y funda **IDEACCION, S.A.**, empresa especializada en el desarrollo del capital humano y el crecimiento personal.
En el 2001 gana el tecer premio en el **Primer Concurso de Cuentos Virgilio Díaz Grullón**, auspiciado por el **Banco Central de la República Dominicana**.
En el 2005 gana el segundo lugar y mención del **Concurso de Cuentos de Radio Santa María**, La Vega, R. Dominicana.
En el 2007 gana el **primer premio del Concurso Internacional de Cuentos**, de Casa de Teatro, con el cuento "***Llevar a Gladys de vuelta a casa***".
En el 2009 ganó el Segundo Concurso de Cuentos de Beisbol, del Ministerio de Cultura de RD, con el cuento "***Tigre y cachorro",*** y el X Concurso de Literatura de la Universidad Central del Este, UCE con su libro **"Historias menores".**
Es especialista en neurocompetencias, aprendizaje acelerado, programación neurolingüística, PNL, coaching de alto desempeño, creatividad publicitaria y mercadotecnia.

Ha sido **columnista** de los periódicos **Listín Diario** (La Revista Económica), **Hoy**, **El Financiero** y **El Siglo**.

Actualmente, sus artículos se publican en periódicos digitales de los Estados Unidos, España, Uruguay, Perú y la República Dominicana., entre ellos **El Libre Pensador**, España; **El Sol de Ohio** y **Atanay.com**, Estados Unidos; **Informe Uruguay**, **Foro Pro Ley de Acoso** y **Orejano Live**, Uruguay; **Escribirte**, Argentina; Cajamarma, Perú; y **Al Momento. Net**, **Diario Digital**, **Expreso Santo Domingo**, **Diario Dominicano,** en República Dominicana.

Ha sido **catedrático** en las universidades **APEC**, **INTEC**, **Universidad Católica de Santo Domingo**, **Universidad del Caribe** y de los monográficos de mercadeo de la **UNPHU**.

Fue productor del programa **"Hablemos de Negocios**" por **Carivisión**, Canal 57.

Es presidente de la **Asociación Dominicana para el Aprendizaje Acelerado**, ADAA.

Es director de **CIENSALUD**, una organización de promoción de la salud e higiene preventiva.

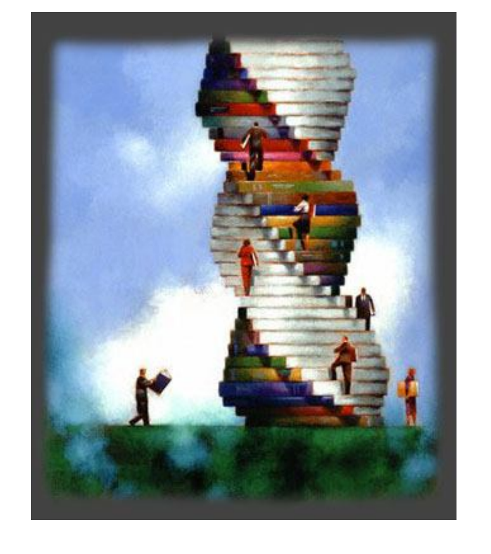
Es el **creador y director** de las colecciones digitales

- **Muestrario de Poesía**,
- **Biblioteca Digital**,
- **Pensar es Gratis,**
- **Ciensalud** y
- **Emprender & Prosperar**

que se envían gratuitamente por la Internet.

Obras publicadas:

- **Nosotros mismos somos** (1986) poemario, en colaboración
- **Llevar a Gladys de vuelta a casa**, edición digital Libros de Regalo 2007
- **Música, maestro**, edición digital Libros de Regalo 2008
- **Mujer que llamo Laura**, edición digital Libros de Regalo 2008
- **El origen del mal servicio al cliente**, edición digital Libros de Regalo 2008
- **El activo más desperdiciado en las empresas**, edición digital Libros de Regalo 2008
- **Cómo tener siempre tiempo**, edición digital Libros de Regalo 2008
- **El circuito de ventas activo**, edición digital Libros de Regalo 2008
- **Por qué leemos lento**, edición digital Libros de Regalo 2008
- **Seis cuentos para leer en yola**, edición Biblioteca Digital 2009
- **El libro de cristal de los Cohén,** edición Biblioteca Digital 2010
- **Historias menores, Publicaciones Universidad Central del Este, UCE 2010**



BIBLIOTECA DIGITAL DE AQUILES JULIÁN

1. La infancia de Zhennia Liubers y otros relatos / Boris Pasternak
2. Corazón de perro / Mijaíl Bulgákov
3. Antología del cuento chino / varios autores
4. El hombre que amaba al prójimo y otros cuentos / Virginia Woolf
5. Crónica de la ciudad de piedra / Ismail Kadaré
6. La casa de las bellas durmientes / Yasunari Kawabata
7. Voluntad de vivir y otros relatos / Thomas Mann
8. Dublineses / James Joyce
9. La agonía del Rasu-Ñiti y otros cuentos / José María Arguedas
10. Caballería Roja / Isaak Babel
11. Los siete mensajeros y otros relatos / Dino Buzzati
12. Un horrible bloqueo de la memoria y otros relatos / Alberto Moravia
13. El tacto y la sierpe y otros textos / Reynaldo Disla
14. Una cuestión de suerte y otros cuentos / Vladimir Nabokov
15. Las últimas miradas y otros cuentos / Enrique Anderson Imbert
16. Yo, el supremio / Augusto Roa Bastos
17. El siglo de las luces / Alejo Carpentier
18. El principito / Antoine de Saint-Exupéry
19. La noche de Ramón Yendía y otros cuentos / Lino Novás Calvo
20. Over / Ramón Marrero Aristy
21. Una visión del mundo y otros cuentos / John Cheever
22. Todo es engaño y otros cuentos / Sherwood Anderson
23. Las aventuras del Barón Münchhausen / Rudolf Erich Raspe
24. Huasipungo / Jorge Icaza
25. Vasco Moscoso de Aragón, capitán de altura / Jorge Amado
26. El espejo de Lida Sal / Miguel Ángel Asturias
27. Seis cuentos para leer en yola / Aquiles Julián
28. Los chinos y otros cuentos / Alfonso Hernández Catá
29. La mancha indeleble y otros cuentos / Juan Bosch
30. El libro de la imaginación / Edmundo Valadés
31. Cuatro relatos / Joseph Roth
32. El libro de cristal de los Cohén / Aquiles Julián
33. Cuentistas dominicanos 1 / Aquiles Julián
34. El caballo que bebía cerveza / Joao Guimaraes Rosa
35. Tres relatos / José Bianco
36. Adán, Eva y los moluscos / Efraím Castillo
37. La mosca y otros cuentos / Slawomir Mrozek
38. Vidrios rotos y otros cuentos / Osvaldo Soriano
39. La amortajada y otras historias / María Luisa Bombal
40. El amuleto y otras historias / Ciro Alegría
41. Cosas de vieja. Y otros 19 cuentos / Fernando Sorrentino
42. Cuatro cuentos / Rosario Castellanos
43. El rostro sin lumbre y otros cuentos / Oscar Cerruto
44. La fama de Clodomiro / Ángel Balzarino
45. Cinco cuentos / Robert Musil
46. Cinco cuentos / Tobias Wolff
47. Bajo el volcán / Malcolm Lowry
48. Mejor que arder y otros cuentos / Clarice Lispector
49. Las dudas de Makar / Andrei Platonov
50. Historias menores / Aquiles Julián